

mi mano en el interior de la torre, para encenderlo cuando á mí me parezca. Si os negais á dejarnos salir, pondremos á los tres niños en el segundo piso del puente, entre el piso donde están la mecha azufrada y el alquitran y el que contiene la paja, y los encerraremos allí. Si nos atacais por el puente, vosotros mismos incendiareis el edificio; si nos atacais por la brecha, lo incendiaremos nosotros; si nos atacais por las dos partes á la vez, prenderemos fuego á la par vosotros y nosotros. En cualquiera de los casos los niños morirán abrasados.

„Ahora aceptad ó rechazad la oferta. Si la aceptais, saldremos; si no la aceptais, morirán los niños. He dicho.”

Cuando terminó de hablar el hombre que ocupaba lo alto de la torre, se oyó al pié de ésta una voz que dijo:

—No aceptamos.

Esta voz era breve y severa; otra menos dura, pero también firme, añadió:

—Os concedemos veinticuatro horas para rendiros á discreción.

Hubo una pausa: despues la misma voz continuó:

—Mañana á estas horas, si no os habeis rendido, daremos el asalto.

La primera voz añadió:

—Y no habrá cuartel.

A esta voz feroz respondió otra desde lo alto de la torre.

Vióse entre dos almenas de la plataforma inclinarse un hombre de alta estatura, y á la luz de las estrellas pudo conocerse que era el marqués de Lantenac. Las miradas de éste se paseaban por la oscuridad como buscando á álguien, y al poco tiempo gritó:

—Calla, es el cura!...

—Sí, traidor, yo soy, respondió la voz ruda de abajo.

## XI.

Terrible como los antiguos.

La voz implacable era, en efecto, de Cimourdain y la más jóven y menos absoluta de Gauvain. El marqués de Lantenac no se equivocó.

Cimourdain en pocas semanas se hizo famoso en aquel país ensangrentado por la guerra civil, adquiriendo lúgubre renombre. Se decía: Marat en Paris, Chaliier en Lyon y Cimourdain en la Vendée. Vituperaban á éste tanto cuanto le habian respetado en otro tiempo, que es lo que les sucede á los clérigos apóstatas, é inspiraba horror. Los hombres

crúeles son infortunados; los que ven sus actos los condenan, y quizás les absolverian los que vieran sus conciencias. Un Licurgo inexplicable parece un Tiberio. De todos modos, el marqués de Lantenac y Cimourdain pesaban lo mismo en la balanza del odio comun: las maldiciones que los realistas lanzaban contra Cimourdain, constituian el contrapeso de las execraciones de los republicanos á Lantenac; cada uno de esos dos hombres era para el partido opuesto un mónstruo, hasta el punto de que se observó el fenómeno singular de que mientras Prieur del Marne ofrecia en Granville un premio por la cabeza de Lantenac, Charette en Noirmontier ofrecia otro por la cabeza de Cimourdain.

Los dos hombres, el marqués y el sacerdote, eran hasta cierto punto un mismo hombre. La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles: uno mira hácia el pasado y otro hácia el porvenir, pero los perfiles son trágicos. Lantenac era el primero de ellos y Cimourdain el segundo, pero el aspecto del de Lantenac era oscuro y sombrío; en la frente fatal del de Cimourdain se reflejaba un resplandor de aurora.

La sitiada Tourgne gozaba el beneficio de poder respirar durante un dia; por la intervencion de Gauvain, como acabamos de ver, se pactó una tregua de veinticuatro horas.

El Imano estaba bien enterado, pues por las órdenes y disposiciones de Cimourdain, Gauvain reunió bajo su mando cuatro mil quinientos hombres, entre Guardia nacional y tropa de línea, con los que cercó á Lantenac en la Tourgne y pudo asestar contra la fortaleza doce piezas de artillería, seis por cada lado de la selva, en batería rasante, y seis por el lado del puente, en la meseta y en batería alta. También pudo emplear la mina y abrir la brecha al pié de la torre.

De modo que al espirar el plazo de las veinticuatro horas, la lucha iba á empeñarse en las condiciones siguientes:

En la meseta y en el bosque habia cuatro mil quinientos hombres: en la torre no habia más que diez y nueve. Para mandar los cuatro mil quinientos hombres, que casi componian un ejército, Cimourdain quiso que nombrasen á Gauvain ayudante general, pero éste se negó á aceptar el ascenso, diciendo: “Veremos cuando caiga Lantenac en nuestras manos; hasta ahora no lo he merecido.” Tener grandes mandos y humildes

graduaciones entraba entonces en las costumbres republicanas. Bonaparte posteriormente fué comandante de escuadron de artillería y general en jefe del ejército de Italia.

Era extraño el destino de la Tourgne: un Gauvain la atacaba y otro la defendia; por eso se notaba cierta reserva en el ataque, pero no en la defensa, porque el marqués de Lantenac era de los hombres que á nada guardan consideraciones, y además, vivió siempre en Versalles y no tenia cariño á la Tourgne, que apenas conocia. Se refugió en ella por no encontrar otro asilo, pero la hubiera demolido sin escrúpulo, si derribarla fuese beneficioso para su causa. Gauvain era más respetuoso.

El puente era el punto débil de la fortaleza, pero en la biblioteca, que caia sobre el puente, estaban los archivos de la familia; si se daba el asalto por allí, el incendio seria inevitable, y quemar los archivos era para Gauvain atacar á sus padres en cierto modo. La Tourgne era la casa solariega de los Gauvain; de ella procedian todos sus feudos de la Bretaña; allí estaban los recuerdos domésticos de Gauvain, allí mismo nació, y las vicisitudes tortuosas de la vida le arrastraban en la edad viril á atacar la fortaleza donde pasó la infancia. ¿Seria tan impío que se resolviese á convertirla en ceniza? Quizás estaria aun su cuna en algun rincón del granero ó de la biblioteca.

Hay reflexiones que nos emocionan, y Gauvain, en presencia de la antigua casa de su familia, se sentia conmovido. Por eso evitó el ataque del puente, limitándose á situar frente á él una batería que imposibilitase la salida ó la evasion por aquella parte, y por eso, decidiéndose á atacar por el lado opuesto, tuvo que hacer los trabajos de mina y de zapa al pié de la torre.

Cimourdain se lo consintió, aunque reprochándose despues á sí mismo, porque la aspereza de su carácter le hacia fruncir el ceño ante aquellas antiguallas góticas, y era tan poco indulgente con los edificios como con los hombres. Perdonar un castillo era un principio de clemencia, y este era el lado flaco de Gauvain á los ojos de Cimourdain, que lo sabia, le vigilaba y le detenia en aquella pendiente, que, segun su criterio, era funesta. Pero el mismo Cimourdain reconocia y confesaba en su interior, aunque su debilidad le indignaba, que volvió á ver la Tourgne con

secreto estremecimiento y que se enterneció ante la sala de estudio que debia encerrar los primeros libros que hizo leer á Gauvain. Cimourdain habia sido cura de la aldea inmediata de Parigné; habitó el último piso del castillejo del puente, en aquella biblioteca tuvo sobre sus rodillas al niño Gauvain, enseñándole el alfabeto, y entre aquellas cuatro paredes vió crecer á su discípulo, al hijo de su alma, crecer corporal y espiritualmente. ¿Iba á destruir y á incendiar aquellas paredes, aquel castillejo y aquella biblioteca?... Por eso las perdonaba, pero... no sin remordimiento.

Dejó, pues, atacar á Gauvain por el lado opuesto. La Tourgne tenia su parte salvaje, que era la torre, y su parte civilizada, que era la biblioteca. Gauvain combatia la fortaleza por el lado salvaje.

Para aquella antigua mansion, que un Gauvain atacaba y otro defendia, volvian los tiempos feudales en plena revolucion francesa. Las guerras entre parientes constituyen casi toda la historia de la Edad Media; los Etéocles y los Polinices son tan góticos como griegos, y Hamlet hace en Elsenor lo que Orestes hizo en Argos.

## XII.

Bosquéjase el salvamento.

Los dos bandos pasaron toda la noche haciendo preparativos.

En cuanto terminó el sombrío parlamento, Gauvain llamó á su teniente. Guechamp era un hombre de segunda fila, honrado, intrépido, mediocre, mejor soldado que jefe, perfectamente inteligente en todos sus deberes, hasta el extremo de no enternecerse jamás; inaccesible á la corrupcion de cualquier especie, lo mismo á la venalidad, corruptora de la conciencia, que á la compasion, corruptora de la justicia. Tenia en el alma y en el corazon las dos pantallas que se llaman disciplina y consigna, como un caballo tiene orejeras ante los ojos y marcha de frente por el espacio que le dejan libre. Su paso era recto, pero era estrecho su camino. Era hombre rígido en el mando y exacto en la obediencia.

Gauvain dirigió con viveza la palabra á Guechamp.

—Guechamp, una escalera.

—Mi comandante, no tenemos ninguna.

—Pues la necesito.  
 —Para escalar?  
 —No, para salvamento.  
 Guechamp reflexionó y dijo:  
 —Comprendo; ¿pero la necesitareis muy larga?...  
 —Que alcance lo menos tres pisos.  
 —Esa es la altura poco más ó menos, mi comandante.  
 —Pues debe ser de mayor altura para tener seguridad del éxito.  
 —Sin duda.  
 —Cómo es que no teneis escalas?  
 —Como no creísteis oportuno atacar á la Tourgne por el lado de la meseta, no por el puente, sino por la torre, solo nos hemos ocupado en las obras de la mina y no hemos traído escalas.  
 —Mandad hacer una inmediatamente.  
 —No se improvisa una escala que alcance tres pisos.  
 —Se atan por los extremos otras más cortas.  
 —Para eso es preciso tenerlas.  
 —Buscadlas.  
 —No es fácil que se encuentren. Los campesinos en todas partes destruyen las escalas, así como desmontan los carros y cortan los puentes.  
 —Quieren paralizar el movimiento de la República.  
 —Quieren que no podamos llevar un convoy, ni pasar un río, ni asaltar un muro.  
 —Pues necesito una escalera.  
 —Recuerdo que en Javené, cerca de Fougères, hay una gran carpintería. Allí podremos adquirir escaleras.  
 —Pues no hay un instante que perder.  
 —Para cuándo la quereis?  
 —Para mañana á estas horas lo más tarde.  
 —Enviaré á Javené un expreso á galope; llevará la orden de requisa, y como tenemos allí un destacamento de caballería, él proporcionará la escolta; la escalera podrá estar aquí mañana antes de ponerse el sol.  
 —Basta con que esté á esa hora; despachad.  
 Diez minutos despues volvió Guechamp y dijo á Gauvain:  
 —Mi comandante, ya marchó á Javené el ordenanza.  
 Gauvain subió á la meseta y permaneció largo tiempo con la vista fija en el puente-castillejo construido al través del barranco. El ala del edificio, sin otra entrada que la puerta baja cerrada por el puente levadizo, levantado entonces, daba frente á la escarpa del barranco.

Para llegar desde la meseta á los pilares del puente se necesitaba bajar por la escarpadura, lo que era posible asiéndose á las matas. Pero estando ya en el foso, el sitiador se encontraba expuesto á todos los proyectiles que podian lanzarle desde los tres pisos. Gauvain acabó de convencerse de que el ataque seria más ventajoso por la brecha de la torre.

Adoptó, pues, medidas para imposibilitar la fuga de los sitiados; completó el estrecho bloqueo de la Tourgne y apretó las mallas de sus batallones, de modo que nadie pudiera pasar por ellas. Gauvain y Cimourdain se repartieron la fuerza para el ataque. El primero se reservó el lado del bosque y dió al segundo el lado de la meseta, conviniendo en que mientras Gauvain condujera el asalto por la brecha, Cimourdain, con la mecha encendida y mandando la batería alta, observaría el puente y el barranco.

## XIII.

Lo que hacia el marqués.

Entre tanto que fuera de la torre se preparaba todo para el ataque, dentro se disponia todo para la resistencia.

Hay cierta analogía entre torre y tonel; porque así como se perforan con un punzon las duelas de un tonel, se perforan con una mina los muros de una torre; esto es lo que le sucedió á la Tourgne.

El poderoso golpe de punzon dado por dos ó tres quintales de pólvora agujereó de parte á parte el enorme muro. El boquete partia del pié de la torre, atravesaba la muralla por su mayor grueso y terminaba formando una especie de arco grosero en la sala del piso bajo de la fortaleza. Los sitiadores, desde las baterías, con el objeto de hacer la brecha practicable para el asalto, lo habian modelado y ensanchado á cañonazos.

El piso bajo, hasta el que penetraba la brecha, era una gran sala redonda, desnuda y con un pilar central que sostenia la clave de la bóveda. Aquella sala, la mayor de todo el edificio, tenia sobre cuarenta piés de diámetro. Cada uno de los pisos de la torre tenia una sala semejante, pero menor, con aposentillos en los huecos de las aspilleras; pero la sala del piso bajo carecia de aspilleras y de tragaluces; era oscura y en ella no penetraba el aire.

En esta sala estaban la puerta de los

calabozos del Olvido y otra puerta de la escalera que conducia á los pisos superiores. A esta sala podian llegar los sitiadores por la brecha, pero despues de tomar aquella les faltaba aun tomar la torre.

En dicha sala no se podia respirar; nadie pudo pasar en ella veinticuatro horas sin morir asfixiado; pero la brecha permitió la entrada del aire exterior y la dotó de condiciones para poder vivir en ella. Por eso los sitiados no cerraron la brecha. Además, ¿para qué habian de cerrarla? El cañon la hubiera abierto otra vez.

Fijaron en el muro una argolla de hierro y en ella una antorcha, y así tuvieron alumbrada la sala del piso bajo; pero cómo defenderse en ella?

Tapar el boquete era fácil, pero inútil; preferible era construir una retirada. La retirada es un atrincheramiento de ángulo entrante, una especie de barricada doble, que permite hacer que converjan los fuegos de diversos puntos de los sitiadores y que, dejando abierta la brecha por el exterior, la cierra por dentro. Como no les faltaban materiales, construyeron una retirada con aberturas para los fusiles. El ángulo entrante de este reducto apoyaba el vértice en el pilar central y las dos alas tocaban al muro por las dos partes; despues practicaron en sitios oportunos algunos barrenos para minas.

El marqués lo dirigia todo; era el inspirador, el ordenador, el guia, el maestro, el alma terrible de la torre. Lantennac pertenecia á la raza de los hombres de guerra del siglo diez y ocho, que á los ochenta años salvaban ciudades. Se parecia al conde de Alberg, que, siendo ya casi centenario, expulsó de Riga al rey de Polonia.

—Valor, amigos! les decia el marqués: al principio de este siglo, en 1713, Carlos XII, encerrado en Bender en una casa, se sostuvo con trescientos suecos contra veinte mil turcos.

Fortificaron tambien los otros dos pisos, cerraron las habitaciones con barricadas, hicieron aspilleras, atrancaron las puertas con vigas empotradas á fuerza de golpes de mazo, dejando libres solo las escaleras de caracol que comunicaban con los pisos, por necesitarlas para la circulacion, pues dificultarlas para el sitiador hubiera sido dificultarlas tambien para el sitiado. Por eso la defensa de las plazas tuvo siempre un lado débil.

El marqués, infatigable, robusto como

un jóven, levantando vigas y llevando piedras, daba el ejemplo, y al mismo tiempo que dictaba órdenes, fraternizaba en el trabajo y reia con aquella gente feroz, conservándose, sin embargo, á la altura de su categoría de señor altivo, familiar, elegante y feroz.

No admitia réplica cuando mandaba. Decia á sus subordinados:—*Si la mitad de vosotros se me subleva, la haria fusilar por la otra mitad y defenderia la torre con los que me quedasen.* Un jefe así hace que le adoren sus soldados.

## XIV.

Lo que hacia el Imano.

Mientras el marqués se ocupaba en preparar la defensa de la brecha y la de la torre, el Imano se ocupaba de la del puente. Desde que principió el sitio, la escala de salvamento, suspendida transversalmente por fuera bajo las ventanas del segundo piso, se retiró por orden del marqués y la puso el Imano en la sala de la biblioteca. Esta escala es la que Gauvain quizás queria reemplazar con otra.

Las ventanas del entresuelo, llamado Sala de Guardias, estaban defendidas por una triple armadura de barrotes de hierro fijos en la piedra y no se podia entrar ni salir por ellas. No habia barrotes en las ventanas de la biblioteca, pero estaban muy altas.

El Imano hizo que le acompañasen tres hombres capaces de todo como él y como él resueltos. Eran éstos Hoisnard, alias Rama de Oro, y los dos hermanos Pica-en-bosque. El Imano tomó una linterna sorda, abrió la puerta de hierro y visitó minuciosamente los tres pisos del castillejo del puente. Rama de Oro era tan implacable como el Imano, sobre todo desde que la República mató á un hermano suyo.

El Imano examinó el piso superior, lleno de heno y de paja, y el inferior, en el que hizo poner varias ollas de alquitran, que añadió á los toneles; puso en contacto con éstos un monton de haces de brezo y se aseguró del buen estado de la mecha azufrada, que por un extremo tocaba en los toneles y por el otro en la torre. Derramó por el suelo bajo de aquellos y los haces gran cantidad de alquitran, empapando con él la mecha, y por último trasladó á la sala de la biblioteca las tres cunas, en las que dormian profundamente Renato, Alan y

Georgina, mandando que cuidasen de no despertarlos.

Estas cunas eran sencillos cuévanos de campaña; una especie de canastillas muy bajas, que puestas en el suelo permiten que el niño salga él solo, sin necesitar auxilio ageno. Al lado de cada cuna el Imano puso una escudilla de sopa y en ella una cuchara de madera. La escala de salvamento estaba en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. El Imano hizo colocar las cunas, que se tocaban por los extremos, junto á la pared de enfrente de donde estaba la escalera, y despues abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. La noche era clara y apacible.

Hizo que los hermanos Pica-en-bosque fuesen á abrir las ventanas de los pisos superior é inferior. Observó en la fachada oriental del edificio una hiedra grande y vieja, seca, que creyó podría serle útil, porque cubria todo un lado del puente de arriba á abajo y formaba como un marco en las ventanas de los tres pisos.

Despues de inspeccion minuciosa, salieron los cuatro hombres del castillejo y regresaron á la torre. El Imano cerró otra vez con dos vueltas de llave la pesada puerta de hierro, examinó la cerradura enorme y terrible y el cabo de la mecha azufrada, que pasaba por el agujero que habia él mismo practicado, y que era el único medio de comunicacion que quedaba ya entre la torre y el puente. Aquella mecha partía de la sala redonda, pasaba por bajo de la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendía por la escalera del piso bajo del puente, serpenteaba por la espiral, se arrastraba por el suelo de la Sala de Guardias y terminaba en el charco de alquitran que estaba en contacto con los toneles y con las faginas. El Imano habia calculado que necesitaria un cuarto de hora la mecha encendida en el interior de la torre para comunicar el fuego al alquitran que estaba debajo de la biblioteca. Tomadas estas disposiciones, devolvió la llave de la puerta de hierro al marqués de Lanthenac, que se la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. El Imano se situó de centinela, llevando la trompeta al cinto, en la garita de la plataforma de lo alto de la torre; allí observaba por el lado del bosque y por el lado de la meseta, teniendo á su inmediacion un frasco de pólvora, un saco lleno de balas y

ejemplares de periódicos, ocupándose toda la noche en hacer cartuchos.

Cuando salió el sol alumbró ocho batallones en el bosque con las fornituras puestas y la bayoneta calada y dispuestos para el asalto; en la meseta dejó ver una batería de cañones con cartuchos y cajas de metralla, preparados tambien para entrar en fuego; habia en la fortaleza diez y nueve hombres cargando trabucos, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas tres niños dormidos.

## LIBRO TERCERO

### El martirio de San Bartolomé.

I.

Los niños se despertaron; primero se despertó la niña.

Los niños despiertan como se abren las flores, exhalando como un perfume de sus frescas almas.

Georgina, que solo tenia veinte meses, pues aun tetaba en Mayo, levantó la cabecita, se sentó, se miró los piés y se puso á charlar.

Un rayo de la luz de la mañana reflejaba en su cuna y era difícil de decir qué era más rosado, si su pié ó el rayo de la aurora.

Los otros dos niños dormían aun; los varones tienen el sueño más pesado. Georgina, alegre y tranquila, charlaba.

Renato era moreno, Alan tenia el pelo castaño y Georgina era rubia. El color del cabello en la infancia, de acuerdo con la edad, suele cambiar despues. Renato ofrecia el aspecto de un pequeño Hércules y dormía boca abajo con los puños en los ojos. Alan tenia las piernas fuera de la cuna.

Sus vestidos eran andrajosos; eran los que les dió el batallon del Gorro Rojo, pero que ya se habian hecho á pedazos, lo mismo que las camisas; los dos niños casi estaban desnudos; Georgina llevaba un trapo, que fué vestido, pero que ya solo era corpiño. No era fácil saber quién los cuidaba. No tenían madre. Los salvajes y beligerantes campesinos que los arrastraban consigo de bosque en bosque les daban parte de su rancho, y éste era todo el cuidado que tenían de ellos.

Los niños vivían como podían; todos eran amos suyos, pero ninguno era su

padre. Los andrajos no sientan mal á los niños.

Georgina seguía charlando.

Como canta el pájaro, charla el niño; es el mismo himno confuso, balbuceado y profundo. El niño tiene además lo que no tiene el pájaro; el porvenir, el oscuro destino humano ante él. De aquí nace la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta á la alegría del niño que canta. El cántico más sublime que puede oírse en el mundo es el balbuceo del alma humana en los labios de la infancia; ese confuso cuchicheo de un pensamiento, que aun no es más que instinto, contiene no sé qué llamamiento á la justicia eterna; quizá es una protesta que se hace en el umbral de la vida antes de traspasarlo para entrar en ella; protesta humilde y doliente, en la que esa ignorancia, que se sonríe, compromete á toda la creacion en el destino de aquel sér débil y desarmado. Si se apodera de él la desgracia, será por un abuso de confianza.

El murmullo del niño es más y es menos que la palabra; no son notas y es un cántico, no son sílabas y es un lenguaje; principió en el cielo y no terminará en la tierra; existe antes del nacimiento y cuando nace lo sigue; es solo una continuacion: se compone de lo que el niño decia cuando era ángel y de lo que dirá cuando sea hombre; la cuna tiene su *Ayer*, como la tumba tiene su *Mañana*; y este ayer y este mañana amalgaman en ese gorjeo su respectivo secreto, y nada prueba tan bien la existencia de Dios, la de la eternidad y el dualismo del destino, como esa sombra formidable de esa alma de color de rosa.

Lo que Georgina balbuceaba no la entristecía; su hermoso semblante era todo él una sonrisa; sonreían en él los ojos, la boca y hasta los hoyuelos de las mejillas. Desprendíase de su sonrisa la misteriosa aceptacion de la aurora. El alma tiene fé en sus rayos. El cielo estaba azul, hacia calor y un tiempo hermoso; la débil criatura, sin saber, sin conocer, sin comprender nada, muellemente sumergida en el pensamiento que no piensa aun, se creía segura en medio de la tranquilidad de la naturaleza, entre aquellos árboles de sincero verdor, en aquella campiña pura y pacífica, entre los ruidos de los nidos, de las fuentes, de las moscas y de las hojas, sobre los que resplandecía la inmensa inocencia del sol.

Despues de Georgina se despertó Renato, el mayor, que tenia cuatro años

cumplidos. Se puso en pié, salió virilmente de la cuna, vió su escudilla, sin extrañar encontrarla á punto, se sentó en el suelo y empezó á comer la sopa.

La charla de Georgina no despertó á Alan, pero el ruido que hacia la cuchara en la escudilla le hizo volverse de repente y abrir los ojos. Alan tenia tres años; vió su escudilla al alcance de la mano, extendió el brazo, la tomó, y sin salir de la cuna púsose sobre las rodillas, y, como Renato, cogió la cuchara y empezó á comer.

Georgina no los oía; las ondulaciones de su voz parecían modelar los vaivenes de un sueño. Sus grandes ojos abiertos miraban hácia el cielo y eran preciosos.

Cuando Renato acabó de comer la sopa, rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y dijo con dignidad: "Ya me he comido la sopa." Estas palabras llamaron la atencion de Georgina, que gritó:

—Papa!

Viendo que Renato habia comido y que Alan estaba comiendo aun, tomó la escudilla que tenia á su lado llena de sopa y comió tambien, no sin llevarse la cuchara con más frecuencia á las orejas que á la boca. De vez en cuando comía con los dedos.

Alan, despues de rebañar la escudilla, como su hermano, salió de la cuna y se fué á jugar con él.

II.

De repente se oyó fuera de la torre, por el lado del bosque, la voz del clarín, á la que respondió la voz de la trompeta en la fortaleza. Esta vez el toque de clarín llamaba y el de la trompeta respondía; despues se repitió el doble toque.

Luego se oyó en la entrada del bosque una voz lejana, pero clara, que gritaba:

—Sublevados, oid la intimacion que os dirigimos. Si no os rendís á discrecion, al ponerse el sol os atacaremos.

Otra voz de trueno respondió desde la plataforma de la torre:

—Atacad.

La de abajo añadió:

—Como aviso final, se disparará un cañonazo media hora antes del ataque.

La voz de arriba repitió:

—Atacad.

Los niños no oían estas voces, pero sí el sonido del clarín y de la trompeta. Georgina, cuando oyó el primer toque del clarín, levantó la cabeza y dejó de comer; cuando oyó el toque de la trompeta,